## XIV

Llegó con el 28 de Noviembre la noticia de la batalla de Tudela, y una vez que se consideró deshecho nuestro ejército de Aragón y del Centro, ya todos vimos el sombrero de Napoleón asomando por la Mala de Francia. Las fortificaciones avanzaban, y en los días 27, 28 y 29 recuerdo que menudearon bastante las que podremos llamar fortificaciones y armamentos espirituales, que eran las rogativas, rosarios, funciones de desagravios, novenas y otras devociones para alcanzar de la Divina Providencia, no que apartase los peligros, sino que enardeciera nuestros ánimos para salir victoriosos. Hubo rosario en San Ginés, jubileo en los Dominicos de la Pasión, solemnes cultos en el Carmen Calzado, y, por último, en la iglesia de Nuestra Señora de Gracia, sita en la Plazuela de la Cebada, se inauguró un novenario que fué la más popular de las devociones de aquellos días, por predicar allí popularísimos oradores. La gente piadosa, al par que patriota, no tenfa tiempo para acudir á tantas partes, y vacilaba entre la iglesia y la trinchera. En los sermones había de todo, como es fácil suponer: piedad cristiana y entusiasmo bíblico en algunos púlpitos; garrulería en otros, con perdón sea

dicho de mi respetable amigo el mercenario calzado á quien ustedes conocen. Los hombres, aunque lo deseáramos, no teníamos tiempo para frecuentar las iglesias, y especialmente los armados no dábamos paz á los pies ni á las manos con el frecuente ejercicio y ensayo de nuestra fuerza. Los soldados, los voluntarios, los conscriptos, los honrados que tenían armas, nos confundimos por algunos días en comunes trabajos y preparativos, dando al olvido discordias importunas. Y no estaba el tiempo para andarse con juegos, porque ya Napoleón se nos venía encima. La temida sombra veíase por todas partes. Mientras existió la pueril confianza de que las tropas enviadas á Somosierra estorbarían el paso del tirano, menos mal: fbamos viviendo, alimentando nuestro espíritu con risueñas ilusiones, y soñando con ver hechos pedazos el poder de Bonaparte en la era del Mico.

Pero el día 1.º de Diciembre comenzaron á circular desde muy temprano rumores gravísimos acerca de la derrota del general San Juan en Somosierra. Echóse todo el mundo á la calle en averiguación de lo ocurrido, y corriendo de boca en boca las nuevas, exageradas por la ignorancia ó la mala fe, bien pronto llegó á decirse que los franceses estaban en Alcobendas, y hasta alguno aseguró haberlos visto paseándose en el Campo de Guardias. Desde el famoso 2 de Mayo no había visto á Madrid tan agitado: corrían hombres y mujeres por las calles, y entonces era el lamentar la ciega confianza, el echar de menos la acti-

vidad y previsión propias de un pueblo realmente decidido á defenderse. El Gran Capitán y yo habíamos salido desde muy temprano, él para tomar disposiciones importantes en el Cuerpo de honrados á que pertenecía, y yo por acudir á mi puesto, ó curiosear en caso de que aún no se tratara de cosa formal.

-Lejos de acoquinarme yo, como estos gallinas—decía el Gran Capitán,—me animo y me gallardeo y me esponjo al saber que los tenemos tan cerca. Y á mí no me hablen de que el general San Juan ha sido derrotado. Para los que conocemos las artimañas y recobecos del arte de la guerra, esa dispersión de las tropas de San Juan que parece derrota, no es otra cosa más que un hábil movimiento para engañar á Napoleón, dejándole pasar el Puerto. Y si no, figurate si será bonito ver á lo mejor que, cuando tranquilamente avanzan los franceses creyéndose seguros. aparecen como llovidas por el flanco derecho las tropas españolas, y me los cogen ahí sin disparar un tiro entre Alcobendas y San Agustín.

—Podrá suceder—dije yo sin manifestarle mi incredulidad;—pero figúrese el Sr. Fernández que no pasa nada de esto, sino que viene Napoleón sano y entero, y nos pone cerco. ¿Cómo saldremos de este apuro?

—Admirablemente—repuso.—Podrá suceder que si trae muchas, muchísimas tropas, vamos al decir, un par de milloncitos de hombres, dure el sitio dos ó tres años, al cabo de los cuales tendrá que retirarse... porque pensar que Madrid se ha de rendir, es pensar en lo excusado. Y si no, pasea tus ojos por esas fortificaciones que en diferentes partes se han hecho en lo que el diablo se restrega un ojo; espacía tu vista por esos hondos fosos, por esos gruesos parapetos, por esos inexpugnables montones de tierra, y por esas terrorificas baterías de cañones de á 6; y si la admiración te da tregua á las reflexiones, comprenderás que es imposible tomar á Madrid, aunque Napoleón trajera mejor gente que aquélla que fué á Portugal con el señor Marqués de Sarriá.

-Dios le oiga á usted. Por mi parte haré lo que pueda. ¿Y usted manda, ó es mandado?

—Yo mando; que á ello me obligan antiguos amigos, cuya ciega confianza en mis conocimientos raya en fanatismo. Yo no quería mandar porque no me gustan papeles; pero he tenido que ceder, y entre todos hemos formado una compañía que ha recibido orden de operar en Los Pozos, sitio el más arriesgado, peligroso y temerario de este gran asedio que nos espera. Casi todos tenemos fusiles, y los que no, manejarán la lanza.

—¡Lanza para defender murallas!—exclamé

sin poder disimular la risa.

—Sí, hijo: ¿qué entiendes tú de eso? Figúrate que á esos tontos se les ponga en la cabeza dar un asalto: ¿qué mejor cosa para impedirlo...? Por cierto que voy á reunir mi gente para ir á ocupar la posición, no sea que el señor córcego quiera darnos una sorpresa con su mala fe acostumbrada.

-Ahora dejémonos llevar á la Puerta del

Sol con todo ese gentío que allá va—dije yo, —y parece que ocurre alguna cosa grave, según gritan.

—Efectivamente; pero esa gritería es de mujeres. Sin duda esas valerosas matronas

piden que se les den armas.

—Bajemos por la calle de la Montera... Por allí sube, si no me engaño, el Sr. de Santorcaz. Llamémosle: él sabrá lo que ocurre... ¡Eh, Sr. D. Luis!

—¿Qué hay en la Puerta del Sol, que tanto chilla la gente?—preguntó Fernández cuando

el otro se nos acercó.

—Es que el pueblo pide armas y no se las quieren dar—repuso Santorcaz.—Es una picardía, y todos esos mandrias de la Junta deben ser arrastrados.

—¡La Junta! ¡Los señores de la Junta Central!

—No hablo de la Central—prosiguió Santorcaz,—que esa, si es cierto lo que dicen, ha acordado hoy retirarse de Aranjuez, buscando refugio en Andalucía. Hablo de la Juntilla que se ha formado aquí para la defensa de Madrid, y que está en permanencia en la casa de Correos. ¡Aquí hay muchos traidores—añadió en voz alta,—y algunos han cogido dinero para entregar la plaza á los franceses! ¡Canallas de traidores! Ahora salimos con que se han acabado las armas y los cartuchos. ¡Mentira! Yo sé dónde hay armas y cartuchos. ¡Nos están engañando, nos van á vender!

Diciendo esto, se apartó de nosotros, después de lo cual seguimos hacia abajo, y al llegar á la Puerta del Sol vimos que estaba de bote en bote, llena de gente. Aquel hueco abierto en el apelmazado caserío de Madrid, es el corazón de la antigua villa, y á él afluye con precipitada congestión la sangre toda en sus ratos de cólera, de alegría ó de miedo. La Puerta del Sol latía con furia. Hombres y mujeres hablaban á la vez, y á sus voces se unían actitudes y gestos amenazadores. La masa más inquieta, más hirviente, más loca y alborotadora estaba al pie de la casa de Correos.

—Busquemos algún conocido que nos informe de lo que aquí ha pasado,—dije, metiéndome con el Gran Capitán por lo menos apre-

tado del gentío.

—Astavía no ha pasado nada—dijo un caballero que, envuelto en una capa, se nos apareció, y en quien al punto reconocí al señor de Majoma.—Astora nada; pero... ya verán.

-¿Qué pide esa gente?

— Qué ha de pedir? Armas y cartuchos.
— Ya están repartidos todos los que hay.

—¡A mí con esas!—exclamó el apreciable sujeto.—Ya estamos de traidores hasta el ganote. ¡Pillos lairones! Si no les espachamos,
nos van á entregar á los franceses. ¡Perros gabachos! Les conozco bien, y se la tengo sentenciada, sí, señor; y el que diga que no son traidores, que se vea conmigo, porque yo soy más
español que Santiago y más patriota que Fernando VII.

—Pero desde hace tiempo se sabe que la plaza tenía muy pocas armas; y en cuanto á los cartuchos, todos los que había y los fabricados en esta semana, se han repartido ya. El Sr. de Mañara ha estado ocho días ocupado en dirigir la fábrica de cartuchos, y ayer tarde repartió muchos miles en el Ave María y en la Comadre.

—¡No me lo nombres!—exclamó Majoma, afectando una indignación que más tenía de cómica que de trágica.—Ahí tienes al traidor más que Judas, al gabachón más que Copas... Gabriel, ¿eres tú traidor también? ¿Estás vendido á los franceses, como ese regidorcillo hambrón? Dime que sí y verás... miá tú... aquí mismo te pongo en pipitoria con esto que traigo debajo de la capa.

—¿La navajita? Guarda tu coraje para mejor ocasión, Majomilla—le respondí.—Me pa-

rece que estás borracho.

—¿Borracho yo? Si no lo he probao, chico... Esta mañana me convidó el Sr. de Santorcaz a beber unas copas, y... por ésta, que no bebí más que dos azumbres... ¿Qué hacer sin la calorcilla en el estómago?... Pero dí, ¿eres tú traidor? Dí que no, porque te rajo... pues yo (y se daba fuertes golpes en el pecho) tengo un corazón como un bronce, y soy más valiente que el Ciz, y nadie me tosa, si no quiere ver quién es Majoma.

Y sin oir más, nos apartamos del insigne

varón.

—Esto no me gusta—dijo Fernández,—y me parece que si la alta empresa que entre manos traemos no sale tan bien como debiera, consistirá en esta inmunda canalla motinesca, díscola y bullanguera, que en circunstancias

tan críticas se vuelve contra sus jeses. Gabriel, de buena gana te digo que si nuestro D. Tomás de Morla nos mandase cerrar contra esta gentuza, la metersamos en un puño prontamente. Y has de saber que estos perdularios chillones, más sirven de estorbo que de ayuda en la defensa, y verás cómo son ellos los primeros que se rinden.

Miramos al balcón de la casa de Correos, y vimos que en él aparecía un hombre alto, moreno, hosco, vestido de uniforme; le vimos accionar hablando á la multitud; pero no pudimos oir sus palabras, porque la femenil chillería de abajo habría impedido oir tiros de cañón, que no digo humanas voces. Después aquel militar, el cual no era otro que D. Tomás de Morla, encogíase de hombros y cruzaba los brazos. Este lenguaje le entendimos mejor, y evidentemente quería decir: «No hay nada de lo que me pedís: se acabaron las ar-

mas y los cartuchos.»

Pero la multitud se enfurecía con la negativa y le silbaba, pidiendo con su omnipotente antojo y volubilidad que saliese Castelar, personaje más conocido que Morla. Salió el Marqués de Castelar, habló sin poder apaciguar á sus admiradores, y repitióse el encogimiento de hombros y el gesto desconsolador. Aquí de los silbidos, de los gritos, de las amenazas; poco después el pueblo empezó á arremolinarse y á culebrear como dragón de mil colas que se dispone á emprender movimiento, y vimos que muchos se desparramaban por la calle Mayor, y que otros subían hacia Santa Cruz.

—Vamos allá á ver en qué para esto—dijo D. Santiago, apoyándose en mi brazo y siguiendo el general torrente.—Estos majaderos primero dejarán de existir que de hacer alguna atrocidad. ¿Por qué piden armas, si con las que hay repartidas basta y sobra? ¿A qué piden cartuchos, si no hay cartucho que mate más franceses que el entusiasmo español, ni mejor pólvora que nuestra indignación?

-Todo eso es verdad, Sr. D. Santiagorepuse;-pero no habría sido malo que la Junta Central ó el Consejo, en vez de ocuparse en discutir sus rivalidades, hubiera depositado en Madrid unos cuantos barriles de indignación, de esa que se hace con salitre, carbón y azufre, que la otra sin ésta de poco sirve. Pero aquí no ha habido previsión, ni iniciativa, ni actividad, ni eminentes cabezas que dirijan, sino que la defensa ha quedado á merced de la voluntad, de la invención y del buen sentido del pueblo, Sr. D. Santiago; y no llamo pueblo á esa miserable turba gritona que de nada sirve, sino á todos nosotros, altos y bajos, grandes y chicos... ¿Pero quién es aquél que corre? Es el insigne patriota á quien llaman Pujitos. ¡Eh... Sr. de Pujitos, lléguese acá y díganos lo que ocurrel

—Ahora va la gente hacia la calle de la Magdalena—contestó,—donde vive el Regidor Mañara. Esta mañana estuvimos allí: salió al balcón y nos dijo que los miles de cartuchos que ha fabricado los entregó ya, y que no hay más pólvora. ¿Van ustedes hacia el Avapiés? Por allá hay gran alboroto, y dicen

que Mañara es un traidor, y que acá y allá.

—¿Y usted, qué piensa de Mañara?

—Mañara es hombre cabal, porque lo igo yo—afirmó Pujitos en tono misterioso.—Los traidores son otros y andan por ahí revolviendo la gente y armando estas tramoyas. Gabriel, acuérdate de lo dicho. Los que más chillan son los piores; pero yo ando con mucho ojo, porque así me lo ha mandado el jefe, y como les eche la mano encima, verán quién es Pujitos.

Siguió á toda prisa hacia la Puerta del Sol, y nosotros, atravesando la Plaza Mayor, entramos en la calle de Toledo, arteria de toda la circulación manolesca, centro de las chulerías, metrópoli de las gracias, bazar de las bullangas, cátedra de picardías y teatro de todas las barrabasadas madrileñas.

Pasando luego á la calle de Embajadores, ofmos de nuevo que hacia el Avapiés había gran marejada, por lo cual, atravesando por los Abades hacia el Mesón de Paredes, nos fuimos á presenciar el tumulto, que no era flojo, según el rumor de voces que desde lejos se oía. En efecto, habíase armado un zipizape que déjelo usted estar.

De manos á boca tropezamos con el tío Mano de Mortero, que se llegó á nosotros diciendo:

-¡Cómo nos engañan, Gabriel! ¡Quién lo había de decir en un caballero tan bueno como el Sr. de Mañaral

-¿Pero es traidor el Sr. de Mañara? Vamos, tío Mano. ¿Usted también? Usted que es una persona de tantísimo talento...

163

-¿Eh... Primorosa, qué traes por aquí?-

le pregunté.

—¡Cachiporros!—exclamó la arpía alzando los brazos, cerrando los puños, y dirigiéndose á algunos hombres que la rodeaban.—
¿Pa qué estáis aquí? ¿No vos quieren dar cartuchos? Pues dir ca el Regidor y sacárselos de las asauras. ¡El los tiene escondíos! El los tiene enterraos en paquetes pa dárselos á los franceses.

Entonces la Zaina, abriéndose paso, presentóse en el centro del corrillo formado en torno á la Primorosa. Estaba la hermosa verdulera amoratada y ronca, con los ojos encendidos, las ropas hechas pedazos, y con tan fiera expresión retratada en su semblante y en toda su persona, que causaba espanto. En el momento de presentarse, traía un cartucho entre los dedos, y lo mordía, y derramaba en la palma de la mano lo que debía ser pólvora y resultaba ser arena.

## XV

—Los cartuchos están llenos de arena, gritó la muchacha, mostrando á todos aquel objeto.

Y al mismo tiempo los hombres allí presentes sacaban de sus sacos otros cartuchos,

—Es verdad, niño de mi alma; ¿pero qué quieres tú? Lo dicen por ahí. A mí no me consta; pero al son que me tocan bailo. Pues dicen que hay traidores, ¡abajo los traidores!

-¿Y qué dicen de Mañara? -Que tiene arreglado con los franceses el

entregarles la Puerta de Toledo.

—¿Y cómo lo saben?

—¡Qué sé yo! Pero cuando el río suena agua lleva. Yo no he de ser menos que los demás, y pues hay traidores, ¡abajo los traidores!

- Y la Zaina?

—¿Pues no la oyes? ¡Si es la que más grita en medio de la plaza! ¡Santa Virgen! ¡Y no está poco furiosa esa leoncilla! Ahora se ha vuelto la patriota más patriota de todo Madrid. ¡Ay, mi Dios, qué nacionala tengo á mi niña!

De rato en rato aumentaba el gentío en la Plazuela del Avapiés, y los hombres de mala facha, unidos á las mujeres más desenvueltas de los cercanos barrios, menudeaban sus gritos y vociferaciones de tal modo, que ninguna persona honrada podría ante tal espectáculo permanecer tranquila.

—Acerquémonos—me dijo Fernández.— Yo con todo mi corazón te aseguro que si Su Majestad, y en su Real nombre la Sala de Alcaldes de casa y corte, me mandase despejar este sitio, lo haría con dos lanzazos ó sablazos, que para el caso lo mismo daría.

—Guárdese usted de decir en alta voz tales cosas, y acerquémonos á aquel grupito de damas. los mordían, y, en efecto, en todos ó en casi todos aparecía arena.

-¡Ese traidor nos ha dado cartuchos de arena!

La terrible voz cundió por la plaza. Allí cerca había un retén de guardia de voluntarios. Sacaron el depósito de cartuchos, mordíanlos, y por cada dos ó tres con pólvora, había uno con arena. Esto lo vimos el Gran Capitán y yo, y ambos nos quedamos mudos de indignación.

-Pues indudablemente ha habido traición,

-dije yo.

—¡Poner arena en los cartuchos! ¡Qué alevosía! Esto es entregar la patria villanamente al extranjero.

-El que tal ha hecho-exclamé no ocultando mi rabia, es un miserable que debe ser

castigado.

—Gabriel, no lo creí—vociferó mi amigo, derramando lágrimas de coraje;—no creí que hubiera españoles capaces de semejante vileza. No, el que tal ha hecho no es español.

Y los dos, casi sin darnos cuenta de ello, hicimos coro con la rabiosa multitud, gritan-

do: «¡Mueran los traidores!»

-¡Ese Mañara, ese ladrón! - gritaron á nuestro lado.

—¡El ha sidol ¡Mueran los traidores y viva Fernando VIII

¡De arenal ¡Cartuchos de arenal Esta funesta frase corrió por todo Madrid más rápidamente que si la llevara la electricidad. En muchas partes, que no en todas, pudo con-

firmarse la verdad de la afirmación; pero la ira era general, y el que había puesto arena en los cartuchos fué condenado á muerte por la indignación del pueblo. Mi amigo y yo observamos que la multitud corría en todas direcciones; pero los más iban hacia la Merced. Desaparecieron de nuestra vista la Pelumbres, el tío Mano, y desapareció también la Zaina. Corrimos por la calle de Jesús y María, y al llegar á la de la Magdalena, la vimos completamente llena de gente: todo el vecindario estaba en los balcones, y un clamor inmenso llenaba la vasta longitud de la calle. Hacia el centro de ella existía entonces, y existe aún, una casa suntuosa, pero de basta rda y ridícula arquitectura; por haber puesto en ella su mano D. Pedro de Ribera, autor de la fachada del Hospicio. A aquella casa histórica, residencia antes y también hoy de una respetabilísima familia, por mil títulos merecedora de la estimación pública, se dirigían las amenazas de la muchedumbre, borracha de ira. Todos querían entrar; pero las puertas estaban cerradas. Este obstáculo no tardó en desaparecer, y terribles hachazos hicieron temblar las. labradas maderas de la puerta señorial, protegida por el ancho escudo que en esculpidos emblemas representaba hazañas y virtudes de otros tiempos. Mas ¿quién reparaba en esto? El pueblo, que ya había pisoteado en Aranjuez la real corona, no vacilaba en pasar por sobre la de un noble. Hicieron, pues, pedazos la puerta, y el pueblo entró desbordándose é invadiendo el palacio, como un río que rompe

los diques que durante siglos le han contenido y se extiende por el llano con impetu destructor. Entraron todos, los que iban con algún objeto y los que no iban más que á gritar. No debía, pues, hacerse esperar mucho la satisfacción de la popular furia, y bien pronto nosquedamos helados de terror, oyendo decir: «Lehan matado, ya le han matado.»

¡Pobre y desgraciado Mañara! Ayer idolo, ayer amigo, ayer compañero de la vil plebe, cuyo traje y costumbre, y hablar y modos imitaba, hoy inmolado por ella con barbarie inaudita, con esa cruel presteza que ella emplea, ¡la infame furial en todas sus cosas.

Pero lo espantoso, lo abominable, y más que abominable, vergonzoso para la especie humana, fué lo que ocurrió después. La plebe tiene un sistema especial para celebrar las exequias de sus víctimas, y consiste en echarles una cuerda al cuello y arrastrarlas después por las calles, paseando su obra criminal, sin duda para presentarse á los piadosos ojos en la plenitud de su execrable fealdad. Esto pasó con el cadáver del infeliz Regidor, á quien conocimos amante de Lesbia, amante de la Zaina, amante de todas, pues no hubo otro que como él prodigara su hermosa persona en altas y bajas aventuras; esto pasó con el cadáver del infeliz á quien llamo D. Juan de Mañara, no porque éste fuera su nombre, sino porque me cuadra designarle así, para no andar trayendo y llevando los títulos de respetables casas por los altibajos de esta puntual historia. Pero apartemos los ojos; no miremos, no,

ese despojo sangriento que por la calle de la Magdalena, y después por la del Avapiés abajo, arrastran en inmunda estera unos cuantos monstruos, hombres y mujeres tan sólo en la apariencia; cerremos los oídos á sus infames gritos, y, sobre todo, no miremos ese destrozado cuerpo, aún caliente, á quien las puñaladas, los golpes, el frecuente tropezar van quitando la figura humana, haciendo un jirón lastimoso de lo que fué, de lo que era pocos minutos antes hombre gallardo y gentil, y lo que es más digno de consideración, hombre dichoso y amable. Y mientras pasa esa salvaje bacanal, ese río de sangre y de infamia y de crimen, meditemos sobre las mudanzas mundanas, y especialmente sobre las cosas populares, las más dignas de meditación y estudio.

¿Era Mañara autor de la traición indudable descubierta en los cartuchos de arena? Histórica, no hija de nuestra invención, es la persona de Mañara; histórica es también su vida licenciosa, sus hábitos manolescos, sus aventuras y trato con la gente de los barrios bajos; histórica es también la Zaina, y tan históricos como la Jura en Santa Gadea y el compromiso de Caspe son sus amores con el Regidor, su abandono, sus celos, su despecho, su ira, su sed de venganza y el descubrimiento, fatalmente hecho por ella, de los cartuchos de arena. Para saber todo esto, basta leer media página de la historia mejor y más conocida que sobre aquellos tiempos se ha escrito. Pero ni en este eminente libro, ni en otro alguno, ni en boca de ningún viejo oiréis razones para conestar categóricamente á la pregunta que antes hice. ¿Fué Mañara traidor? ¿Intervino él en la obra criminal de los cartuchos de arena?

Cs diré francamente que yo tampoco lo sé; pero debo advertiros que nunca tuve á aquel desgraciado por capaz de acción tan fea. Manara pecaba de libertino, de ligero, de vano, y más que nada de enamorado. Jamás se distinguió en otras maldades que en las del amor, por cierto bien perdonables. Le conocí alevoso y traidor en cuestiones de faldas; pero no supe nunca que en asuntos graves faltara á las leyes del honor. Con estos antecedentes casi puede asegurarse que no fué Mañara autor de la superchería de los cartuchos. ¿Pues quién lo fué entonces? Esto sí que ni la historia, ni la tradición, ni los viejos, ni yo, podemos decíroslo. No habéis observado que todos los movimientos populares llevan en su seno un germen de traición, cuyo misterioso origen jamás se descubre? En todo aquello que hace la plebe por sí y de su propio brutal instinto llevada, se ve tras la apariencia de la pasión un tejido de alevosías, de menguados intereses ó de criminales engaños; pero ningún sutil dedo puede tocar ni determinar los hilos de esta tela escondida, en cuyas mallas quedan enredados y cogidos mil bárbaros incautos.

¿Quién hizo correr la voz de la traición de Mañara? ¿Fué todo obra deliberada de la Zaina? La historia dice que sí; pero yo creo haber oído tachar de sospechoso al pobre Regidor en parajes muy distantes de la calle de la Pasión. Sin duda el frecuente roce con la plebe había desconceptuado mucho á D. Juan en la opinión de sus iguales. Carecía en absoluto de respetabilidad, y el que la pierde entre los de arriba, queriendo sustituirla con bajas amistades, que son siempre inconstantes, está expuesto á perderlo todo en un momento, y á que cualquier chispa fugaz incendie de improviso la fábrica de una reputación que no se funda en nada sólido.

Mañara había adulado á la plebe imitándola. Con este animal no se juega. Es como el
toro, que tanto divierte y de quien tantos se
burlan; pero que cuando acierta á coger á uno,
lo hace á las mil maravillas. Vimos caer á
Godoy, favorito de los reyes, y ahora hemos
visto caer á Mañara, favorito del pueblo. Todas las privanzas que no tienen por fundamento el mérito ó la virtud, suelen acabar lo
mismo. Pero nada hay más repugnante que
la justicia popular, la cual no tiene sobre sí el
anatema de no acertar nunca, pues toda ella
se funda en lo que llamaba Cervantes el vano
discurso del vulgo, siempre engañado.

—Pero vámonos de aquí—dije á mi amigo.—¿No oye usted lo que dicen esos que pasan? Dicen que los franceses han aparecido por Fuencarral.

—Vamos, vamos á cumplir con nuestro deber—repuso el Gran Capitán, siguiéndome por la calle de las Urosas.—Pero me temo que lo que debía ser gloriosísima jornada, va á ser cualquier cosa, gracias á esa vil gentualla. La traición mina la plaza. Eso de los cartuchos de arena me ha puesto triste, y el misera-

ble canalla que tal hizo merece mil muertes. Madrid, después de inmolado Mañara, continuaba inquieto, como presagiando grandes males, mientras los frailes agonizantes arrancaban de manos del pueblo el cadáver informe. La noticia de que los franceses estaban á las puertas de la villa, lo hizo, sin embargo, olvidar todo, y corría la gente azorada y medrosa, creyendo ver asomar, al volver de una esquina, la figura característica del azote de Europa.

## XVI

El Cuerpo de voluntarios á que yo pertenecía fué destinado á defender la Puerta de los Pozos (la misma que después se llamó de Bilbao, al extremo de la calle de Fuencarral), y el inmediato jardín de Bringas. Consistía su fortificación en un foso no muy profundo en un gran espaldón de tierra y piedras, á toda prisa levantado, y en seis cañones de á 6. La tapia, que no tenía facha de inexpugnable, como recordarán los que han alcanzado alguno de sus heróicos trozos, había sido aspillerada en toda su extensión. Iguales, poco más 6 menos, eran las fortificaciones de las vecinas Puertas de Santa Bárbara y Fuencarral. El sitio donde se habían levantado obras más considerables era la Puerta de Recoletos, mo-

numento que ha durado hasta ayer y que no necesito designar topográficamente, con su Costanilla de la Veterinaria ni su Convento de Agustinos, porque los mozuelos barbilampiños los han conocido. Pero volvamos á Los Pozos, puerta destinada á ser teatro de nuestro heroísmo, y empecemos diciendo que en la noche del 1.º de Diciembre nos situamos allá, tan convencidos de que íbamos á ser atacados, que estuvimos largas horas sobre las armas, dispuestos á vender caras nuestras vidas. La fuerza se componía de estos elementos: unos sesenta soldados, que aunque no todos artilleros, hacían de tales por necesidad imprescindible; cuatro compañías de voluntarios antiguos, con los cuales mezclábase un número irregular de conscriptos, y como ochenta hombres de la milicia honrada, á quien mandaba ó quería mandar el Gran Capitán, no sé si con el título de sargento, coronel ó general, pues cualquiera de estos grados le cuadraría. Los soldados estaban fríos y con poco ánimo; los voluntarios inflamados en patriotismo y llenos de ilusiones; pero tan inexpertos, que no daban pie con bola, como vulgarmente se dice, á pesar de estar entre ellos el gran Pujitos; y finalmente, los honrados no cabían en sí de entusiasmo, no obstante ser todos ellos personas de paz, y tener algunos buena carga de años á la espalda, especialmente los de la compañía, ó mejor, los del grupito en que alzaba el gallo D. Santiago, cuya hueste se componía de respetables porteros y criados de la oficina de Cuenta y Razón.